

PRELIMINAR
Instituto Latinoamericano de
Planificación Económica y Social
Santiago, septiembre, 1971

CURSO DE DESARROLLO Y PLANIFICACION, 1971
CDP/65

EL CAPITAL MONOPOLISTA *

(Capítulo VI - La absorción de
excedentes: gobierno civil)

Paul A. Baran y Paul M. Sweezy

* Solicitado para el Curso de Desarrollo y Planificación, 1971.

I-324-71-S

The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that every entry should be supported by a valid receipt or invoice. This ensures transparency and allows for easy verification of the data.

In the second section, the author details the various methods used to collect and analyze the data. This includes both primary and secondary research techniques. The primary research involved direct observation and interviews with key stakeholders, while the secondary research focused on reviewing existing literature and industry reports.

The third section presents the findings of the study. It highlights several key trends and patterns that emerged from the data. These findings are supported by statistical analysis and are presented in a clear and concise manner. The author also discusses the implications of these findings for the industry and provides recommendations for future research.

Finally, the document concludes with a summary of the main points and a statement of the author's conclusions. It reiterates the importance of data accuracy and the value of thorough research in understanding complex market dynamics.

LÁ ABSORCION DE EXCEDENTES: GOBIERNO CIVIL

1. En el capítulo precedente se mostró que la campaña de ventas absorbe, directa e indirectamente, una gran cantidad de excedentes que de otra manera no se habrían producido. El propósito de este y de los capítulos siguientes es doble: primero, demostrar que el gobierno desempeña un papel similar pero en mayor escala; y segundo, que los usos que da el gobierno a los excedentes que absorbe están estrechamente circunscritos por la naturaleza de la sociedad capitalista monopolista y que a medida que el tiempo pasa, se vuelven más y más irracionales y destructivas.

En las viejas teorías - y aquí incluimos el marxismo, así como las economías clásica y neoclásica - se daba por supuesto normalmente que la economía estaba operando su planta y equipo a toda su capacidad, de tal forma que cualquier porción que el gobierno pudiera tomar de la producción total de la sociedad necesariamente sería a costa de algunos o todos sus miembros. ^{1/} Cuando a esto se agregó la suposición de que los salarios reales determinan sobre la base de un mínimo de subsistencia convencional y son, por tanto, irreductibles para todo propósito práctico, resultó que la carga de financiar al gobierno debía recaer sobre las clases receptoras de excedentes: parte de lo que de otra forma consumirían o agregarían a su capital, va para el Estado a través de la tributación para el sostenimiento de funcionarios, policía, fuerzas armadas, ayuda a pobres, etc. Esta fue la esencia de la teoría clásica de las finanzas públicas y, por razones obvias, actuó como un poderoso baluarte del principio de que el mejor gobierno es aquel que gobierna menos. Los intereses de los ricos

^{1/} En la teoría marxista se consideró normal la desocupación (el "ejército de reserva industrial" o excedente "relativo de población") y también que desempeñaba un papel clave en la regulación de la tasa de salarios. En ausencia de planta y equipo ociosos, sin embargo, los desocupados podían ser puesto a trabajar para producir excedentes adicionales.

/y poderosos,

y poderosos, evidentemente, eran mejor servidos limitando al gobierno lo más posible al papel de policía - una limitación que estuvo asimismo justificada, aparentemente, por el bien de la sociedad como un todo, por la teoría de mercados competitivos autoajustables.

Bajo el capitalismo monopolista las cosas son muy diferentes. Aquí la condición normal es que se produzca menos de lo que permite la capacidad de producción. El sistema sencillamente no crea suficiente "demanda efectiva" (para usar el término keynesiano) para asegurar la total utilización del trabajo ni las posibilidades productivas. Si estos recursos ociosos pudieran ponerse a trabajar, producirían no solamente los medios necesarios de subsistencia para los productores, sino también cantidades adicionales de excedentes. De aquí que si el gobierno crea más demanda efectiva puede incrementar su dominio sobre bienes y servicios sin inmiscuirse en los ingresos de sus ciudadanos. La creación de demanda efectiva puede tomar la forma de compras directas, por parte del gobierno, de bienes y servicios, o bien de "pagos de transferencia" a grupos que pueden de alguna manera hacer efectivas sus reclamaciones de trato especial (subsidios a hombres de negocios y agricultores, ayuda a los desocupados, pensiones a ancianos, etcétera).

En gran medida gracias a la obra de Keynes y sus seguidores, estas posibilidades empezaron por ser comprendidas durante la depresión de los treinta. Sin embargo, por algún tiempo se creyó, aun entre los economistas, que el gobierno podría crear demanda adicional solamente si gastaba más de lo que recibía y cubría la diferencia recurriendo a medidas tales como "financiamiento del déficit", acuñando más moneda u obteniendo empréstitos de los bancos. La teoría sostenía que el incremento total de la demanda (del gobierno y privada) sería un múltiplo del déficit del gobierno. Se creyó por lo tanto que la fuerza del estímulo del gobierno era proporcional no al nivel de los gastos gubernamentales como tales, sino a la magnitud del déficit. De aquí que ninguna cantidad de gasto del gobierno podría ejercer un efecto expansionista en la demanda total si fuera aparejado con una cantidad equivalente de impuestos.

/Ahora esta

Ahora esta opinión generalmente es considerada errónea. Donde hay fuerza de trabajo desocupada y planta ociosa, el gobierno puede crear demanda adicional incluso con un presupuesto equilibrado. Un simple ejemplo numérico ilustrará este punto, sin omitir ninguno de los factores esenciales. Supongamos que la demanda total (= producto nacional bruto; PNB) está representada por 100. Supongamos que la participación del gobierno en esta cifra es de 10, que es igual exactamente a una tributación de 10. El gobierno decide ahora incrementar sus compras de bienes y servicios - digamos para un ejército más numeroso o para más armamentos - en otros 10 y recaudar impuestos adicionales por la misma cantidad. Los gastos incrementados agregarán 10 a la demanda total y (como hay mano de obra ociosa y equipo disponible) también al producto total. El reverso de la moneda es un incremento del ingreso de 10, cuyo equivalente puede canalizarse hacia el tesoro público a través de la tributación sin afectar el nivel de gasto privado. El resultado neto es una expansión del PNB en 10, la cantidad exacta del incremento en el presupuesto equilibrado del gobierno. En este caso el "multiplicador" es igual a uno: la tributación frena cualquier expansión secundaria de demanda privada.

Supongamos ahora que se decide una mayor expansión de los gastos del gobierno de 2, pero que esta vez no se recaudarán impuestos adicionales, en este caso toda la cantidad representa un déficit.^{2/} A medida que el gobierno paga este nuevo dinero, los ingresos privados suben y parte del incremento se gasta, y así sucesivamente. Como los incrementos a los gastos privados se vuelven muy pequeños después de algunas vueltas, la cantidad de la suma agregada al gasto privado puede calcularse si se conoce la proporción de cada incremento gastado. Supongamos, por ejemplo, que esta suma agregada es 3. Entonces la expansión total de la demanda atribuible al déficit llega a 5 (2 del gobierno y 3 privada). Por lo tanto, en este caso, el multiplicador es 2.5.

^{2/} Por supuesto, para este resultado será necesaria alguna reducción en las tasas impositivas.

Examinando ahora la economía global, vemos que, comparado con la etapa inicial, el PNB ha subido de 100 a 115, los gastos privados de 90 a 93, los gastos del gobierno de 10 a 22, y que el gobierno tiene un déficit de 2. Evidentemente esta situación durará sólo mientras el gobierno continúe teniendo déficit. Supongamos que se toma la decisión de equilibrar el presupuesto de nuevo. Si se redujeran las erogaciones en 2 para acabar con el déficit, el multiplicador trabajaría a la inversa y el PNB bajaría a 110. Si en lugar de esto los gastos se mantuvieran y la tributación subiera en 2, el incremento privado se eliminaría y el PNB se estabilizaría en 112.

Estos ejemplos tan simplificados pueden ser modificados y refinados.^{3/} Los principios de mayor importancia, sin embargo, no serían afectados. Pueden resumirse en la forma siguiente: 1) La influencia del gobierno en el nivel de la demanda efectiva es una función de la magnitud del déficit y del nivel absoluto de los gastos del gobierno. 2) Un déficit temporal tiene efectos temporales. 3) Aun un déficit persistente, a menos que cada día se vuelva mayor, no aumentará acumulativamente la demanda efectiva.

Como el foco de nuestra atención es la economía de Estados Unidos, y como la historia de las finanzas norteamericanas no se ha caracterizado por un déficit persistente y constantemente creciente, podemos circunscribirnos a los cambios de nivel de los gastos del gobierno. El gobierno ha ejercido su mayor influencia en la magnitud de la demanda efectiva y por lo tanto en el proceso de absorción de excedentes, a través de cambios en la suma total de gastos.

3/ Por ejemplo, véase Principles of Growing Economy, de Daniel Hamberg, Nueva York, 1961, caps. 12 y 17.

2. ¿Qué es lo que en realidad ha pasado con los gastos del gobierno durante el período del capitalismo monopolista? ^{4/} Las estadísticas oficiales para ambos (gobierno federal y estatal) y del PNB sólo datan de 1929, y las cifras disponibles para los años anteriores no son rigurosamente comparables ni muy exactas. Sin embargo, se conoce lo suficiente para no dejar duda sobre la magnitud que implican y, por consiguiente, acerca de toda la tendencia. El cuadro 3 muestra los datos de años seleccionados en que no hubo guerra desde principios del siglo.

Cuadro 3

EROGACIONES DEL GOBIERNO 1903-1959
(miles de millones de dólares)

	Producto nacional bruto (PNB)	Erogaciones totales del gobierno (EG)	EG como porcentaje de PNB
1903	23.0	1.7	7.4
1913	40.0	3.1	7.7
1929	104.4	10.2	9.8
1939	91.1	17.5	19.2
1949	258.1	59.5	23.1
1959	482.1	131.6	27.3
1961	518.7	149.3	28.8

Fuentes: Para 1903 y 1913 Paolo Sylos Labini, Oligopoly and Technical Progress, Cambridge, Massachusetts, 1962, p. 181. Para años posteriores, Council of Economic Advisers, 1962, Supplement to Economic Indicators, Washington, 1962, p. 3.

^{4/} La cifra importante en este caso es la de las erogaciones totales del gobierno, incluyendo los pagos de transferencia, y no sólo "las compras del gobierno de bienes y servicios", que constituyen su componente de PNB en las estadísticas oficiales. Como ya se vió, el gobierno genera demanda efectiva transfiriendo poder de compra a individuos y corporaciones, así como comprando directamente bienes y servicios. En los cálculos oficiales del PNB, sin embargo, los pagos de transferencia están excluidos del componente del gobierno y pasan a aumentar los componentes personales y de los negocios. No se debería permitir que este procedimiento, estadísticamente necesario para evitar un doble conteo, ocúltase la verdadera magnitud del papel que desempeña el gobierno como creador de demanda efectiva.

/La tendencia

La tendencia de los gastos del gobierno, tanto absolutos como en relación con el PNB, ha sido de ascenso ininterrumpido a lo largo del presente siglo. Hasta 1929 el alza fue lenta: de 7.4 por ciento del PNB en 1903 a 9.8 por ciento en 1929. Desde 1929 ha sido mucho más rápida, siendo ahora la proporción de más de un cuarto. El alza en esta proporción puede ser considerada como un índice aproximado de la medida en que ha crecido el papel del gobierno como creador de demanda efectiva y absorbedor de excedentes durante la era del capitalismo monopolista. ^{5/}

Por supuesto esta tendencia ascendente de los gastos gubernamentales no nos dice nada acerca de la deseabilidad o indeseabilidad de desarrollo que la sostiene. Tales juicios pueden ser formulados solamente cuando se toma debida nota de las formas que asume el excedente absorbido por el gobierno, tema que aún no hemos tratado. Entre tanto debe hacerse notar que la tendencia hacia una mayor absorción de excedentes del gobierno, en términos absolutos y con relación a la producción total de la sociedad, no es peculiar del capitalismo monopolista. Esta es aparentemente una característica de los sistemas económicos cuya tasa de crecimiento es mayor. En una sociedad socialista ordenada racionalmente con un potencial productivo comparable al de Estados Unidos, la cantidad y la proporción del excedente absorbido por el Estado para la satisfacción de necesidades colectivas y las exigencias del pueblo serían seguramente mayores, y no menores, que la cantidad y proporción absorbidas por el gobierno en este país, hoy en día.

Volviendo a nuestro tema principal: las grandes y crecientes cantidades de excedentes absorbidos por el gobierno en décadas recientes no son,

^{5/} No hay duda de que Estados Unidos es un caso extremo respecto al papel que tiene el gobierno como creador de demanda efectiva. Aquí hay cifras que muestran el porcentaje del PNB del total de gastos del gobierno en años recientes, seleccionadas para seis países capitalistas avanzados: Reino Unido (1953), 35.7 por ciento; Bélgica (1952), 31.2 por ciento; Alemania occidental (1953), 30.8 por ciento; Canadá (1953), 26.6 por ciento; Suecia (1952), 25.9 por ciento; Estados Unidos (1957), 25.5 por ciento. F. M. Bator, The Question of Government Spending, Nueva York, 1960, p. 157.

/repetimos, deducciones

repetimos, deducciones de lo que de otra manera estaría disponible para propósitos privados de empresas e individuos. La estructura de la economía capitalista monopolista es tal, que un volumen de excedentes en continuo aumento sencillamente no podría ser absorbido por canales privados; si no hubiera otras salidas éste no se produciría en absoluto. Lo que el gobierno absorbe se suma al excedente privado, no se resta de éste. Más aún, puesto que un gran volumen de los gastos del gobierno empuja a la economía cerca de su capacidad de operación, y puesto que hasta este punto los excedentes crecen más rápidamente que la demanda efectiva en su conjunto, resulta que ambas partes del excedente, gubernamental y privado, pueden crecer simultáneamente; y en realidad así lo hacen. El excedente privado interviene únicamente cuando la absorción por parte del gobierno continúa expandiéndose, aun después de haberse alcanzado la completa utilización, como sucedió en los últimos años de la segunda guerra mundial.

Estas relaciones pueden ser ilustradas con lo que ha sucedido con las utilidades de las corporaciones antes y después de la tributación en décadas recientes. Antes de la segunda guerra mundial los impuestos a los ingresos de corporaciones fueron más bien bajos. Durante la guerra, las tasas se aumentaron mucho y fueron elevadas de nuevo durante la guerra de Corea, habiendo permanecido altas desde entonces. Sin embargo, este cambio en el nivel impositivo de las corporaciones no ha significado ninguna reducción en las utilidades después de pagar los impuestos. Por el contrario, las utilidades netas aumentaron simultáneamente a la expansión de la economía y guardaron aproximadamente la misma proporción del ingreso nacional durante los cincuenta que durante los veinte.

El cuadro 4 muestra claramente que lo que restringe la rentabilidad de las empresas después del impuesto, en forma absoluta y en relación con el resto de la economía, no son los altos impuestos, ni los altos gastos

/del gobierno

del gobierno, sino la depresión. ^{6/} Lo que el gobierno toma en forma de impuestos es una adición y no una sustracción del excedente privado. Además, como los gastos en gran escala del gobierno permiten que la economía opere mucho más cerca de su capacidad, el efecto neto sobre la magnitud del excedente privado es positivo y grande.

Cuadro 4

PARTICIPACION DE LAS UTILIDADES DE CORPORACIONES
EN EL INGRESO NACIONAL
(por ciento)

	Antes del pago de impuestos	Después del pago de impuestos
1919-1928	8.4	6.7
1929-1938	4.3	2.8
1939-1948	11.9	6.0
1949-1957	12.8	6.3

Fuente: Irving B. Kravis, "Relative Income Shares in Fact and Theory", American Economic Review, diciembre de 1959, p. 931. Las cifras para después de 1929 provienen del Departamento de Comercio; las de 1919-1928 son datos de Kuznets, ajustadas por Kravis.

La clase dominante americana o, en todo caso, su casta directiva de empresarios de corporaciones gigantes, ha aprendido estas lecciones a través de la rica experiencia de tres décadas de depresión, de guerra y de guerra fría. Y su actitud hacia los impuestos y los gastos del gobierno ha experimentado un cambio fundamental. La oposición más antigua a cualquier expansión de las actividades gubernamentales por supuesto no ha desaparecido.

^{6/} Debe mencionarse otro factor perjudicial: el control de precios. La muestra más pobre de la década de 1940, en comparación ya sea con la de los veinte o la de los cincuenta, se puede explicar mejor con los controles del tiempo de guerra. Este factor también estaba presente, aunque con menor alcance, durante la guerra de Corea; de ahí que afectara las marcas de los cincuenta. Además, el creciente estancamiento de los cincuenta se reflejó en una corriente descendente de las utilidades de las corporaciones, antes y después del pago de impuestos.

/En el

En el dominio de la ideología, las actitudes con raíces profundas nunca desaparecen rápidamente. Además, en algunos sectores de la clase dominante - especialmente rentistas y hombres de negocios más pequeños - el odio al recaudador de impuestos predomina sobre los sentimientos acerca del papel del gobierno. Pero el gran hombre de negocios moderno, aunque algunas veces habla el lenguaje tradicional, ya no lo hace tan seriamente como sus antepasados. Para él los gastos del gobierno significan más demanda efectiva y siente que puede trasladar la mayor parte de los impuestos combinados ya sea a los consumidores o a los trabajadores.^{7/} Asimismo - y este punto es de gran importancia para la comprensión de las actitudes subjetivas de los grandes hombres de negocios - la intrincada forma de ser del sistema tributario, diseñado especialmente para satisfacer las necesidades de toda clase de intereses especiales, abre oportunidades sin fin a las ganancias especulativas y a las ganancias inesperadas.^{8/} Con todo, el

^{7/} Como dice el profesor Boulding: "la relativa estabilidad de las utilidades después del pago de impuestos es prueba de que el impuesto sobre utilidades de las corporaciones es en efecto trasladado casi totalmente; el gobierno sencillamente usa a la corporación como recaudadora de impuesto". K.E. Boulding, The Organizational Revolution, Nueva York, 1953, p. 277.

^{8/} Un artículo de la Harvard Law Review empieza en la forma siguiente: "La génesis de este artículo es la observación casual de un abogado de Washington quien preguntó: ¿qué objeto tiene litigar un caso fiscal cuando podemos lograr la reforma del estatuto gastando lo mismo en tiempo y dinero? Probablemente su declaración no era exacta, y ciertamente era extrema, pero nó es una sorpresa para el sofisticado consejo que estudia diariamente los asuntos fiscales identificar el nuevo remiendo hecho a la colcha de los impuestos interiores. Sea que sus esfuerzos adopten la forma de nuevas secciones, o que se les llame eufemísticamente cambios técnicos, actualmente hay una tendencia acelerada hacia la heterogeneidad y hacia el tratamiento preferencial". William L. Cary, "Pressure Groups and the Revenue Code: A Requiem in Honor of the Departing Uniformity of the Tax Laws", Harvard Law Review, marzo de 1955.

sector de la clase dominante norteamericana ya está en camino de ser un creyente convencido de la naturaleza benéfica de los gastos gubernamentales.

¿Qué pasa con los trabajadores y otros grupos de ingresos más bajos? Puesto que las grandes empresas trasladan toda la carga tributaria, no se extrae la incrementada absorción de excedentes por el gobierno, en último análisis, de lo que Veblen llamó la población subyacente. Este pregunta ya ha sido contestada, por lo menos por deducción. Si lo que el gobierno toma no se hubiera producido en otra forma en absoluto, no puede decirse que se haya extraído de alguien. Los gastos del gobierno y los impuestos que fundamentalmente solían ser un mecanismo de transferencia de ingreso se han convertido, en gran medida, en un mecanismo para crear ingreso introduciendo en la producción el capital y la mano de obra ociosa. Esto no quiere decir que alguien salga lastimado en el proceso. Quienes reciben ingresos relativamente fijos (rentistas, pensionados, algunos grupos de trabajadores no organizados) sufren seguramente cuando los impuestos suben y son trasladados por el sector empresarial. Pero las pérdidas de estos grupos son de magnitud e importancia secundaria comparadas con las ganancias de la gran proporción de los trabajadores que deben su empleo directa o indirectamente a los gastos gubernamentales. Además, la capacidad de regateo de la clase trabajadora en su conjunto y, por lo tanto, su habilidad para defender o mejorar sus condiciones de vida, es por supuesto mayor cuanto menor es el nivel de desempleo. Así, dentro del marco del capitalismo monopolista, las clases de ingresos más bajos, tomadas en su conjunto, están en mejores condiciones si los gastos del gobierno son más altos y más elevados los impuestos. Esto explica por qué, a pesar de los lamentos de algunos tradicionalistas, nunca ha habido una oposición política realmente efectiva al alza constante de los gastos del gobierno y de la tributación, característica de las décadas recientes. Dada la ineficacia del capitalismo monopolista para asignar usos privados al excedente que puede generar fácilmente, no puede haber duda de que tiene interés para todas las clases - aunque no para todos los elementos dentro de ellas - el que el gobierno deba incrementar constantemente sus erogaciones y la carga impositiva.

/Debemos por

Debemos por lo tanto rechazar en forma decisiva la idea ampliamente aceptada de que los intereses privados sólidos se oponen a esta tendencia. No es sólo la viabilidad del sistema como un todo lo que depende de su continuación, sino también el bienestar individual de una gran mayoría de sus miembros. La gran pregunta, por lo tanto, no es si habrá cada vez más gastos del gobierno, sino en qué se gastará. Y aquí los intereses privados entran por derecho propio como factor de control.

3. Los hechos principales acerca de la composición cambiante de los gastos del gobierno en el período de su más rápido crecimiento (desde 1929) son bien conocidos. El cuadro 5, comparando 1929 con 1957, muestra los gastos del gobierno, desglosados en tres componentes principales, como porcentajes del PNB. ^{9/} "Compras no militares" incluye todas las compras de bienes y servicios para propósitos civiles hechas por los gobiernos federal, estatales y municipales. "Pagos de transferencia" incluye ayudas a desocupados, pensiones de vejez, asignaciones a veteranos, etc., intereses de la deuda del gobierno y subsidios, menos excedentes de empresas del gobierno. ^{10/} "Compras para defensa" incluye todas las compras (casi exclusivamente hechas por el gobierno federal) de bienes y servicios para propósitos militares menos las ventas de artículos militares.

Durante el intervalo 1929-1957, el total de los gastos del gobierno aumentó, en términos generales, de una décima a una cuarta parte del PNB, representando la mayor parte de la diferencia la absorción de excedentes que de otra manera no se hubieran producido. De este incremento proporcional de la ratio entre gastos del gobierno y PNB, casi nueve décimos fueron pagos de transferencia y adquisiciones de defensa, poco más de un décimo fueron compras no militares. ¿Cómo debemos interpretar estas cifras?

^{9/} Hemos tomado el año de 1957 como el último, con objeto de hacer uso de los cálculos de Bator, elaborados con cifras del Departamento de Comercio.

^{10/} "Pagos de transferencia" no incluye subsidios del gobierno federal a los gobiernos estatales y municipales que se incluyen bajo el recibo de gastos de gobiernos de los estados y municipios.

Cuadro 5

GASTOS DEL GOBIERNO, 1929-1957
(por ciento del PNB)

	1929	1957
Compras no militares	7.5	9.2
Pagos de transferencia	1.6	5.9
Compras para la defensa	0.7	10.3
Total	9.8	25.4

Fuente: F. M. Bator, The Question of Government Spending, 1960, Cuadros 1 y 2.

En primer lugar la contribución directa del gobierno al funcionamiento y bienestar de la sociedad está casi completamente incluida bajo compras no militares. Entre éstas tenemos educación pública, caminos y carreteras, salubridad y sanidad, conservación y recreación, comercio y vivienda, policía y protección contra incendios, cortes de justicia y prisiones, legislaturas y ejecutivos. Y aquí, a pesar del enorme incremento de los gastos en carreteras, unidos a más del doble del número de automóviles en uso desde 1929, ha habido muy poca expansión en relación con el volumen de la economía como un todo. Así, las compras incrementadas de bienes y servicios no militares casi no han contribuido a la solución del problema de absorción de excedentes.

Los pagos de transferencia, por otra parte, han crecido en forma significativa, expandiéndose de menos del 2 por ciento a cerca del 6 por ciento del PNB. Mientras una fracción considerable de este incremento (12 por ciento) representa pagos de intereses mayores (que van principalmente a bancos, empresas e individuos de ingresos mayores) con mucho, la mayor parte está constituida por diversas formas de pagos de seguridad social (desempleo, vejez, huérfanos, veteranos) que seguramente aumentan el bienestar de grandes grupos de ciudadanos menesterosos. Este es el único elemento verdaderamente sustancial en la aseveración común de que desde 1929 este país se ha vuelto un "estado de bienestar". En otros sentidos los gastos

/que afectan

que afectan el bienestar del pueblo sólo han aumentado al mismo ritmo que la economía en su conjunto. En cuanto a la absorción de excedentes, el aumento de pagos de transferencias ha contribuido indudablemente en forma significativa. ^{11/}

Por supuesto el renglón de adquisiciones militares es el que ha registrado la mayor expansión - de menos de uno por ciento del PNB a más del 10 por ciento, que representa aproximadamente dos terceras partes de la expansión total de gastos del gobierno en relación con el PNB desde 1920. ^{12/} Esta absorción masiva del excedente en preparativos militares ha sido el hecho clave de la historia económica norteamericana de la posguerra. Seis o siete millones de trabajadores, más del 9 por ciento de la fuerza de trabajo, dependen ahora de empleos del presupuesto militar. Si los gastos militares se redujeran una vez más a las proporciones de antes de la segunda guerra mundial, la economía del país volvería a un estado de profunda depresión, caracterizado por tasas de desocupación de 15 por ciento y más, tales como los prevalecientes en la década de los treinta.

^{11/} La contribución sería mayor, excepto por el hecho de que el financiamiento del sistema de seguridad social está muy ligado al impuesto regresivo sobre las nóminas. Esta es sólo una de las muchas complicaciones que no podemos analizar en un breve estudio.

^{12/} Debe recordarse que tanto 1929 como 1957 fueron años de paz. La ratio de gastos de defensa a PNB alcanzó un máximo de 41 por ciento en 1943 y 1944. A ese nivel hubo una considerable intrusión de excedente privado, puesto de manifiesto por el hecho de que las utilidades de las corporaciones, después de los impuestos como porcentaje del PNB, disminuyeran en forma constante durante los años de guerra (de 7.5 por ciento en 1941 a 3.9 por ciento en 1945). Pero aun las enormes cantidades de excedente absorbido por el gobierno durante la guerra fueron en su mayor parte producidas por una completa y más racional utilización de los recursos, no sustrayéndolos del excedente privado o del ingreso real de los trabajadores. El último alcanzó, durante la guerra, un máximo que no fue igualado hasta mediados de los cincuenta. Véase "The Condition of the Working Class", de Paul Sweezy, Monthly Review, julio-agosto de 1958, pp. 120-121.

Esto, por supuesto se niega rotundamente, habiendo dos categorías principales de disidentes. Primero, los que sostienen que si se redujeran los impuestos y los gastos en armamentos simultáneamente, los gastos privados aumentarían en grado compensatorio. Mucho de lo escrito en este libro hasta ahora se ha dedicado a mostrar por qué el sistema no funciona ni puede funcionar en esta forma, y no hay necesidad de repetir el argumento. El segundo grupo reconoce que el gasto en armamentos está ahora actuando como sostén de la economía (aunque por lo general tendiendo a subestimar su importancia) y que modificado traería serias consecuencias. Arguyen que estas consecuencias podrían evitarse sustituyendo otras clases de gastos gubernamentales por gastos en armamentos. En lugar del estado de guerra, dice, podemos, y eventualmente debemos, edificar un auténtico estado de bienestar, ^{13/} y no tienen dificultad en enumerar proyectos útiles y necesarios que requerirían egresos gubernamentales tan grandes o aun mayores que el presupuesto de armamentos actuales, ^{14/}

El argumento de que los gastos no militares son tan eficaces para el sostenimiento de la economía, como los gastos para defensa, y que por lo tanto deberíamos sustituir unos por otros, es sin duda suficientemente válido como una manifestación de lo que es deseable. Que también sea válido en el sentido de lo que es posible, dentro del marco de la sociedad capitalista monopólica, es una cuestión diferente, una cuestión que aboga por un cambio completo, con demasiada frecuencia pasada por alto. Sin

^{13/} Para un enunciado breve de esta posición, véase J. K. Galbraith, "We can prosper without Arms Orders", The New York Times Magazine, 22 de junio de 1952.

^{14/} Por ejemplo, Reginald Isaacs, presidente del Departamento de Planeación Regional y Urbano de la Universidad de Harvard, después de investigar extensamente el American Council to Improve our Neighborhoods (ACTION) [Junta Americana para el Mejoramiento de Nuestros Alrededores], concluyó, en 1958, que la cantidad requerida para la renovación urbana ascendería a casi 2 billones de dólares para 1970, y que "los solos gastos federales de participación necesarios rivalizarán con los de la seguridad nacional". Reginald R. Isaacs, en Committee for Economic Development, Problems of United States Economic Development, Nueva York, 1958, volumen 1, p. 339.

/embargo, éste

embargo, éste es precisamente el meollo del problema para cualquiera que esté interesado en comprender cómo funciona realmente el sistema.

Para contestar esta cuestión, es necesario tomar en cuenta las modalidades del poder político de una sociedad capitalista monopólica y más específicamente de su particular versión norteamericana. Como éste es un tema amplio del cual no podemos ocuparnos extensamente en el presente estudio, tenemos que limitarnos a algunas observaciones y sugerencias.

4. Con excepción de los períodos de crisis el sistema político normal del capitalismo, ya sea competitivo o monopólico, es la democracia burguesa. Los votos son la fuente nominal del poder político y el dinero la fuente real: en otras palabras, el sistema es democrático en la forma, y plutocrático en su contenido. Actualmente esto está ya tan reconocido, que no parece haber ninguna necesidad de discutir el caso. Basta decir que todas las actividades y funciones políticas que puede decirse que constituyen las características esenciales del sistema - hacer doctrina y propaganda por el voto público, organizar y mantener a los grupos políticos, dirigir campañas electorales - pueden llevarse a cabo solamente con dinero, con mucho dinero. Y como en el capitalismo monopolista las grandes corporaciones son las fuentes que proporcionan mucho dinero, son también las fuentes principales de poder político.

Es cierto que ésta es una contradicción latente del sistema. ^{15/} Los electores no propietarios, que constituyen la inmensa mayoría, pueden formar sus propias organizaciones de masas (sindicatos, partidos políticos), reunir los fondos necesarios a través de cuotas y así convertirse en una eficaz fuerza política. Si logran ganar poder político esencial y luego tratan de emplearlo de modo que amenace el poder económico y los privilegios

^{15/} Marx escribió acerca de la constitución democrática francesa adoptada en 1848: "Las contradicciones más comprensibles de esta constitución consistieron en lo siguiente: las clases cuya esclavitud social va a perpetuar la constitución - el proletariado, los campesinos, la pequeña burguesía - las pone en posesión de poder político a través del sufragio universal. Y de la clase cuyo viejo poder social ratifica la burguesía, obtiene garantías políticas de este poder. Esta impone sus leyes a las condiciones democráticas que en todo momento ayudarían a las clases enemigas a la victoria y comprometen los cimientos mismos de la sociedad burguesa". Karl Marx, The Class Struggles in France: 1848-1850, International Publishers, Nueva York, 1934, pp. 69-70.

de la oligarquía adinerada, el sistema se enfrenta a una crisis que puede ser resuelta de acuerdo con sus propias reglas, únicamente si la oligarquía está dispuesta a ceder sin lucha. Como hasta donde sabemos no ha habido un caso en la historia en el que la oligarquía privilegiada se haya comportado así, con seguridad podemos descartar esta posibilidad. En lugar de esto, lo que sucede es que la oligarquía, que controla, ya sea directamente o a través de agentes de confianza, todo el instrumental de coerción (fuerzas armadas, cortes, policías, etc.), abandona las formas democráticas y recurre a alguna forma directa de poder dictatorial. Tal fracaso de la democracia burguesa y el recurrir al poder dictatorial pueden ocurrir también por otras razones - por ejemplo, la prolongada ineficacia para formar una mayoría parlamentaria estable, o la resistencia respecto a ciertos derechos consumados de reformas necesarias para el adecuado funcionamiento de la economía. La historia de las recientes décadas es muy rica en ejemplos de sustitución de gobiernos democráticos por dictaduras en países capitalistas: Italia a principios de los veinte, Alemania en 1933, España a fines de los treinta, Francia en 1958, y muchos más.

Sin embargo, en general las oligarquías adineradas prefieren un gobierno democrático a uno dictatorial. En esta forma la estabilidad del sistema es realizada por ratificaciones populares periódicas del poder oligárquico - en esto se convierten normalmente las elecciones parlamentarias y presidenciales - y se conjuran ciertos peligros reales para la misma oligarquía, como dictaduras personales o militares. En consecuencia, en países capitalistas desarrollados, especialmente en aquellos que poseen una larga historia de gobiernos democráticos, las oligarquías se resisten a recurrir a métodos autorizados para manejar los movimientos de oposición o resolver problemas difíciles, y en lugar de esto inventan medios más indirectos y sutiles para conseguir sus fines. Se establecen conexiones para obstaculizar a los sindicatos y a los movimientos políticos de trabajadores que profesen ideas radicales. Se compra a sus dirigentes con dinero, halagos y honores, lo que da por resultado que cuando adquieren fuerza se mantengan dentro de los linderos del sistema, tratando únicamente de ganar más concesiones aquí y allá para mantener satisfechos el rango y la posición, pero sin desafiar los verdaderos baluartes del poder de la oligarquía en la economía,

ni en las ramas coercitivas del aparato del Estado. En forma similar, la oligarquía altera el mecanismo del gobierno en el grado necesario para prevenir cualquier desacuerdo o estancamiento que pueda involucrar el fracaso de los procedimientos democráticos (por ejemplo, el número de partidos políticos se limita deliberadamente para evitar que aparezcan dentro del gobierno coaliciones parlamentarias inestables). Por estos métodos y otros muchos, la democracia está hecha para servir a los intereses de la oligarquía en forma más efectiva y duradera que el poder dictatorial. Nunca se renuncia a la posibilidad de un gobierno autoritario - en realidad, la mayoría de las constituciones democráticas cuentan con estipulaciones específicas para este caso, en épocas de emergencia -, pero decididamente no es la forma preferida de gobierno para sociedades capitalistas que funcionan normalmente.

Por supuesto, el sistema de gobierno de Estados Unidos es el de una democracia burguesa en el sentido que acabamos de analizar. Según la teoría constitucional, el pueblo ejerce un poder soberano; en la práctica, una oligarquía adinerada, relativamente pequeña, gobierna en forma absoluta. Pero las instituciones democráticas no son únicamente una cortina de humo detrás de la cual se coloca un puñado de industriales y banqueros para hacer política y dar órdenes. La realidad es más complicada que esto.

Los fundadores de la nación se dieron muy bien cuenta de la contradicción latente en la forma democrática de gobierno, como la mayor parte de los pensadores políticos en el siglo XVII y principios del XIX. Reconocieron la posibilidad de que la mayoría no podría, una vez que tuviera el voto, tratar de transformar su soberanía nominal en poder real y con ello comprometer la seguridad de la propiedad, la que consideraban el fundamento mismo de la sociedad civilizada. Por lo tanto diseñaron el famoso sistema cuyo propósito fue hacer tan difícil como fuera posible la subversión del sistema existente de las relaciones de propiedad. El capitalismo norteamericano se desarrolló más tarde en un contexto de numerosas y frecuentemente crueles luchas entre los diversos grupos y sectores de las clases adineradas, que nunca habían estado unidas, como en Europa, por una lucha común en contra del poder feudal. Por esta y otras razones, las instituciones gubernamentales que se han formado en Estados Unidos se han inclinado decididamente hacia la protección de los derechos y privilegios de las minorías:

/la minoría

la minoría de los propietarios en conjunto, contra el pueblo; y diversos grupos de propietarios unos contra otros. No podemos contar aquí en detalle la historia de cómo se hizo la separación de poderes en la constitución, cómo se convirtieron los derechos de los estados y la autonomía local en baluartes de intereses creados, cómo evolucionaron los partidos políticos para transformarse en máquinas para la recolección de votos y para impartir protección sin programa ni disciplina. Lo que nos interesa es el resultado, que tomó forma ya antes del final del siglo XIX. Estados Unidos se volvió algo así como una utopía para las soberanías privadas de la propiedad y los negocios. La propia estructura de gobierno impidió la acción efectiva en muchas áreas de la vida económica o social (planeación de ciudades, por ejemplo, por citar una necesidad que se ha vuelto cada vez más aguda en años recientes).^{16/} Y aun donde no fue así, el sistema de representación política, junto con la ausencia de partidos políticos responsables, dio un poder de veto efectivo a coaliciones temporales o permanentes de intereses creados. El papel positivo del gobierno ha tendido a limitarse estrechamente a unas cuantas funciones que podrían requerir la aprobación de sustancialmente todos los elementos de las clases adineradas: la extensión del territorio nacional y la protección de los intereses de los hombres de negocios norteamericanos y de inversionistas en el extranjero, actividades que a través de la historia de la nación han constituido el interés primordial del gobierno federal,^{17/} el perfeccionamiento y la protección de los derechos

^{16/} 1 400 Governments, libro recientemente publicado por Robert C. Wood del Massachusetts Institute of Technology, se refiere en su título al número de autoridades gubernamentales separadas que operan dentro del área de la metrópoli de Nueva York. Cada una de estas autoridades es depositaria y representante de intereses creados; no hay autoridad conjunta para controlar y coordinar sus políticas. Hablar de "planeación" en estas condiciones es, por supuesto, ridículo.

^{17/} Una de las debilidades más serias de la mayor parte de lo que se ha escrito sobre historia norteamericana es la falla en comprender esto. Sin embargo, hay excepciones. Véase por ejemplo R. W. Van Alstyne, The Rising American Empire, Nueva York, 1960, donde se aprecia correctamente la influencia decisiva de las relaciones extranjeras en la forma en que se desarrolló la nación desde los primeros tiempos.

de propiedad en el país; la repartición de bienes del dominio público entre los más poderosos e insistentes solicitantes; la provisión de una infraestructura mínima para el funcionamiento lucrativo de los negocios privados; la concesión de favores y subsidios de acuerdo con los principios bien conocidos de componendas y canongías. Hasta el período del New Deal de los treinta, no hubo siquiera la simulación de promover el bienestar de las clases bajas como una responsabilidad del gobierno; la ideología dominante sostuvo que cualquier forma de dependencia del gobierno para obtener bienes y servicios era degradante para el individuo, contraria a las reglas de la naturaleza y ruinosa para el sistema de empresa privada.

Esta fue la situación prevaleciente en la época del colapso del auge de los veinte. Ya hemos visto que sólo un pequeño aumento en la importancia relativa de los gastos del gobierno había tenido lugar desde principios del siglo (principalmente como resultado de la construcción de caminos y carreteras como solución al rápido crecimiento del número de automóviles); en el capítulo 8 veremos por qué fue éste, a pesar de todo, un período de prosperidad capitalista. Pero con la llegada de la gran depresión se volvió más imperiosa la necesidad del gobierno de desempeñar un papel más importante. ¿Cómo se resolvió esta necesidad en el período liberal del New Deal? Para contestar esta pregunta tenemos que formular el cuadro 5a, que es igual al cuadro 5, excepto porque compara 1929 con 1939 en lugar de hacerlo con 1957.

Cuadro 5a

GASTOS DEL GOBIERNO, 1929-1939
(por ciento del PNB)

	1929	1939
Compras no militares	7.5	13.3
Pagos de transferencia	1.6	4.6
Compras para defensa	6.7	1.4
Total	9.8	19.3

/Los cambios

Los cambios que tuvieron lugar entre 1929 y 1939 muestran un notable contraste con los que tuvieron lugar entre 1929 y 1957. Aunque la segunda guerra mundial había empezado antes de terminar 1939 y era clara la posibilidad de la intervención norteamericana, las adquisiciones para la defensa fueron todavía de importancia menor. Por otra parte, ambas categorías de gastos civiles - compras no militares y pagos de transferencia - aumentaron en forma notable en relación con el PNB. Del incremento total de gastos del gobierno en relación con el PNB durante la década de los veinte, más del 60 por ciento correspondió a adquisiciones no militares, y más del 30 por ciento a transferencias y menos del 10 por ciento a adquisiciones para defensa.

Aquí parece evidente que el problema de una inadecuada absorción de los excedentes puede ser resuelto, como pretenden algunos liberales, mediante el aumento de gastos del gobierno para fines de bienestar. En realidad no hay tal cosa. No es que queramos poner en tela de juicio las metas de bienestar que se propusieron alcanzar los incrementos en los gastos gubernamentales del New Deal. Es cierto que una gran parte de estos gastos eran, por su naturaleza, de salvamento para las operaciones de diferentes tamaños y clases de propietarios amenazados por la depresión; ^{18/} pero también mucho se logró, o por lo menos esa fue su intención, en favor de las clases desposeídas. Pero ésta es otra cuestión. Lo que estuvo mal respecto de los gastos del gobierno de los años treinta no fue su dirección, sino su magnitud: sencillamente no hubo erogaciones en cantidad suficiente que alcanzaran, siquiera aproximadamente, a neutralizar las poderosas fuerzas de la depresión que operaban en el sector privado de la economía. En dólares corrientes, los gastos del gobierno aumentaron de 10 200 millones en 1929 a 17 500 millones en 1939, más del 70 por ciento. Sin embargo, al mismo tiempo, el PNB disminuyó de 104 400 millones a 91 100 (una caída del 12.7 por ciento) y la desocupación en proporción a la fuerza laboral subió de 3.2 a 17.2 por ciento. ^{19/}

^{18/} Este aspecto del New Deal, con frecuencia descuidado, extractado hábilmente por A.H. Hansen en su Fiscal Policy and Business Cycles, Nueva York, 1941, cap. 4.

^{19/} Aun medido en dólares constantes (1957), el PNB aumentó solamente de 193 500 millones de dólares en 1929 a 201 000 millones en 1939, lo cual no fue suficiente para evitar que el PNB real per capita, tuviera una ligera disminución.

El New Deal, considerado como operación de salvamento para la economía de Estados Unidos como un todo, fue hasta este punto un claro fracaso. Incluso Galbraith, el profeta de la prosperidad sin guerra, ha reconocido que ni siquiera se aproximó a la meta durante los treinta. "La gran depresión de los treinta - dice - nunca llegó a su fin. Simplemente desapareció con la gran movilización de los cuarenta." ^{20/}

Los gastos de guerra consiguieron lo que los gastos para el bienestar no habían conseguido. De 17.2 por ciento de la fuerza de trabajo, la desocupación bajó a un mínimo de 1.2 por ciento en 1944. El reverso de la moneda fue un incremento de los gastos del gobierno, de 17 500 millones de dólares en 1939 a un máximo de 103 100 millones en 1944. Esto quiere decir que en tiempos de paz habría sido necesario un incremento en los gastos de esta magnitud para producir la desaparición virtual del desempleo. Si no hubiera sido porque durante la guerra los gastos civiles tuvieron que ser restringidos de diversas maneras, se habría alcanzado la ocupación plena a un nivel considerablemente más bajo de los gastos del gobierno. Pero seguramente habría sido necesario un gran aumento respecto al nivel de 1939 - probablemente del doble o el triple. ¿Por qué no se llegó a tal incremento durante la década de la depresión? ¿Por qué falló el New Deal en conseguir lo que la guerra probó que era fácil de alcanzar?

5. La respuesta a estas preguntas es que, dada la estructura del poder capitalismo monopolista de Estados Unidos, el incremento en los gastos civiles casi había alcanzado sus límites extremos en 1939. Las fuerzas opuestas a una expansión mayor fueron demasiado difíciles de vencer.

Al analizar estas fuerzas y los límites que se fijan a la expansión de los gastos civiles, es interesante hacer notar primero que nada que los gastos que se originan a niveles estatales y municipales son mucho menos flexibles que los gastos que se originan a nivel federal. Los impuestos a la propiedad desempeñan un papel predominante en las finanzas estatales y locales. Son más difíciles de trasladar o evadir que los impuestos que representan el grueso de las rentas federales (impuestos sobre la renta de empresas e individuos sobre nóminas especiales, derechos de aduanas, etc.) y en la medida en que realmente gravan la propiedad personal de los

^{20/} American Capitalism, p. 69.

/individuos no

individuos no pueden ser trasladados. Además, los elevados impuestos a la propiedad no abren caminos de enriquecimiento rápido a la clase adinerada, como en el caso de altas tasas de impuesto sobre la renta cuando están combinadas con tasas bajas de impuestos a las ganancias de capital. Para los grupos e individuos ricos que dominan la política local, mayores gastos a nivel estatal y municipal significan el pago de impuestos más altos; y como es probable que las cantidades gastadas por cualquier ciudad o estado sean pequeñas en relación a la economía en conjunto, no hay razón para esperar un alza de ingresos compensatorios. Los gastos del Estado y de los municipios por lo tanto se mantienen cerca del mínimo requerido para diversas funciones y servicios indispensables. Lo que Hollingshead dice de Elmtown se aplica por lo general a ciudades y pueblos en todo el país:

Los gastos impuestos acompañan a las grandes propiedades; consecuentemente, aquellas familias que pertenecen a la clase I en la cima jerárquica socioeconómica tienen un interés directo en mantener bajas las contribuciones y las tasas de impuestos. Consiguen esto con habilidad dentro de la comunidad y el municipio, a través del control de las dos organizaciones políticas más grandes en el nivel de municipios y distritos. Los candidatos a puestos públicos, excepto el fiscal y el juez, por lo general no son miembros de la clase I, pero esto no significa que estén libres de los controles ejercidos por intereses de la clase I. Dinero, talento legal y puestos públicos son los instrumentos empleados para transformar intereses en poder verdadero. Se depende de ellos para imponer decisiones en contiendas que impliquen disposiciones para subir impuestos a través de mejoras públicas, tales como nuevos edificios públicos, escuelas, caminos o programas de bienestar. Este control tras bambalinas trae como resultado la formulación de políticas conservadoras y la elección de funcionarios que actúan como agentes de los intereses de la clase I. 21/

Con este antecedente, no es de sorprender que haya habido tan poco cambio en la importancia relativa de los gastos estatales y locales durante las últimas décadas cuando el papel del gasto gubernamental en su conjunto ha sufrido transformación tan radical. Los gastos estatales y locales

21/ August B. Hollingshead, Elmtown's Youth: The Impact of Social Classes on Adolescents, Nueva York, 1949, p. 86. Profesor de sociología en Yale, Hollingshead es uno de los estudiantes dirigentes de las clases sociales de la sociedad norteamericana contemporánea.

/constituyeron el

constituyeron el 7.4 por ciento del PNB en 1929 y el 8.7 por ciento en 1957. ^{22/} Es cierto que la proporción subió a cerca del 13 por ciento en el punto crítico de la gran depresión, y cayó a menos del 4 por ciento durante la guerra. La explicación en ambos casos es clara: fue imposible restringir las funciones de los gobiernos de los estados y municipios proporcionalmente a la precipitosa caída del PNB que marcó a la gran depresión, y durante la guerra los controles evitaron que los gastos estatales y locales subieran al ritmo del PNB. Lo importante es que con el regreso a la "normalidad" después de la guerra, el porcentaje retrocedió al mismo nivel aproximadamente de los años veinte.

Luego, dada la estructura del gobierno de Estados Unidos y su política, cualesquiera variaciones posteriores en el papel que desempeñe el gobierno en el funcionamiento de la economía, probablemente se iniciarán a nivel federal. Lo que sigue, por lo tanto, debe entenderse que se aplica en gran medida a las fuerzas que determinan la cantidad de gastos del gobierno.

Como hemos visto, la magnitud de la ley de impuestos, aunque tenga influencia, está lejos de ser un factor decisivo en la determinación de la cantidad de gastos del gobierno. Con recursos productivos ociosos - que es la situación normal del capitalismo monopolista -, mayores gastos significan ingresos más altos, con los cuales pueden pagarse impuestos más altos. Algunas gentes resultarán heridas, pero es probable que muy pocas de ellas pertenezcan a la oligarquía adinerada que detenta el poder político. La oligarquía toda está para ganar y por lo tanto tiene un fuerte incentivo para promover el alza del nivel de los gastos gubernamentales.

Si los impuestos no son el factor decisivo, ¿entonces qué determina la expansión de los gastos civiles? La respuesta es: los intereses particulares de los individuos y grupos que forman la oligarquía y la forma en que estos intereses sean afectados por los diversos tipos de erogaciones.

Podemos declarar que por cada partida del presupuesto hay una cantidad mínima que tiene la aprobación general y que no encuentra oposición considerable. A medida que esta cantidad se excede, la aprobación para futuros incrementos gradualmente declina y se inicia la oposición hasta alcanzar

^{22/} F. M. Bator, The Question of Government Spending, p. 127.

un equilibrio y la expansión se detiene. Partiendo de este esquema podemos intentar determinar los puntos de equilibrio para los renglones principales del presupuesto, esperando de esta manera descubrir los límites de los gastos individuales y, por acumulación, el límite total. Sin embargo, este procedimiento sería incorrecto. Desconoce la existencia de lo que puede llamarse el "efecto de interdependencia", que excluye la simple suma de límites individuales.

Puede aclararse el punto, si consideramos dos renglones del presupuesto simultáneamente, digamos vivienda y salud. Muy poca gente se opone actualmente a un modesto programa de viviendas públicas y, por supuesto, todo el mundo está en favor, por lo menos, de suficientes erogaciones para salubridad y control de enfermedades epidémicas. Pero más allá de cierto límite se empieza a formar la oposición en cada caso, primero de los intereses de bienes raíces, a la vivienda, y de la profesión médica, a los programas públicos de servicio médico. Pero se supone que los primeros no tienen razones especiales para oponerse al servicio médico, y los doctores no tienen razones especiales para oponerse a las viviendas. No obstante, una vez iniciada la oposición a futuros incrementos en sus esferas respectivas, pronto pueden encontrar que es de interés común combinar sus fuerzas para oponerse a mayores gastos en viviendas y en salubridad. La oposición a cada renglón individual, por lo tanto, crece más rápidamente cuando se están considerando ambas partidas y más aún cuando se trata de todo el presupuesto. Podemos decir, en forma figurada que, si se considera uno de los renglones, la oposición crece en proporción a la cantidad del incremento; mientras que, si se trata de todos los renglones, la oposición crece en proporción al cuadrado del aumento. ^{23/}

23/ Es oportuno citar al respecto la siguiente observación de una carta de James MacGregor Burns, profesor de ciencias políticas en el Williams College, dirigida al New York Times: "El conflicto entre el Presidente y el Congreso actualmente es muy hondo para ser salvado por las técnicas usuales de presiones y regateos. Los elementos de oposición son tan fuertes e intrincados que no puede [el Presidente] apoyar una política, tanto como pareciera a un extraño que es factible hacerlo, sin que se ponga en marcha la maquinaria de la oposición".

/Por supuesto,

Por supuesto, en la práctica no puede postularse una relación cuantitativa tan simple como ésta, y menos aún demostrarse. Sólo necesitamos tener presente que la resistencia de la oligarquía adinerada en su conjunto a cada partida en una proposición de aumento general para gastos civiles del gobierno será mucho más intensa que si se considera cada partida separadamente. ^{24/} Esto es de gran importancia para nuestro problema, porque lo que hemos estado tratando son situaciones donde hay necesidad de una gran expansión de los gastos totales del gobierno, algo que difícilmente podría conseguirse a menos que fueran aumentados al mismo tiempo muchos renglones del presupuesto.

En el caso de casi todos los renglones principales del presupuesto civil, los poderosos intereses creados son incitados muy pronto a la oposición, a medida que la expansión avanza más allá del mínimo necesario. Esto ocurre siempre que se presenta un elemento significativo de competencia con la empresa privada, pero también sucede con otros renglones donde la competencia con la empresa privada no existe.

Hay muchas necesidades sociales urgentes que el gobierno puede satisfacer únicamente entrando en alguna forma de competencia con los intereses privados. Por ejemplo el desarrollo de la cuenca de un río, área en la cual la empresa privada nunca espera poder operar con efectividad, es esencial para el control de inundaciones, la conservación de las aguas, la recuperación de tierras erosionadas, etc. Pero también produce energía eléctrica que compite con la producción privada y en ese sentido nos da la medida para el funcionamiento del poder monopolista privado. Por esta razón hay tanta oposición al desarrollo del valle del río, no sólo por parte de quienes venden estos servicios, sino por toda la comunidad de los grandes negociantes. La historia del Tennessee Valle Authority aporta un elocuente testimonio de la efectividad de esta oposición. El TVA tuvo su origen en la necesidad que tenía el gobierno de nitratos, durante la primera guerra mundial. Fueron construidas una presa generadora de energía eléctrica y una planta de nitratos en Muscle Shoals, Alabama, para satisfacer exigencias estrictamente

^{24/} Esta regla no se aplica al incremento de gastos militares; véase más adelante, pp. 165-171.

/militares. Durante

militares. Durante los veinte el senador Norris de Nebraska dirigió una campaña en favor del proyecto de desarrollo para transformar Muscle Shoals en una ancha cuenca del río, pero en este período de prosperidad capitalista nada se hizo al respecto e incluso se permitió que la inversión original se deteriorara en la ociosidad. No fue sino durante los Cien Días después de la toma de posesión de Roosevelt, en 1933 - período casi de pánico por la oligarquía adinerada -, cuando los esfuerzos decididos de Norris se vieron coronados por el éxito. Y desde entonces los oligarcas han estado deplorando su momento de debilidad. Desde su punto de vista el problema del TVA es que ha resultado un tremendo éxito. Dio al pueblo norteamericano una idea de lo que podía lograrse con una planeación inteligente bajo una autoridad gubernamental investida del poder necesario para llevar a cabo un programa racional. Para citar sólo una de sus realizaciones, a fines de los cincuenta una casa habitación típica en la zona del TVA pagaba sólo la mitad por la electricidad y consumía el doble que el promedio del país. Y mundialmente el TVA ha llegado a ser un símbolo del New Deal, un faro de luz que muestra a los demás el camino del progreso democrático. Bajo estas circunstancias la oligarquía no se atrevió a destruir al TVA abiertamente. En lugar de esto, organizó una campaña a largo plazo de crítica y vejaciones, destinada a cercar esta institución, a restringir sus funciones y a forzarla a ajustarse a las normas de la empresa capitalista. Y esta campaña ha logrado éxito considerablemente: nunca se le permitió realizar algo siquiera aproximado a toda su potencialidad. Sin embargo, su popularidad entre la población de un área de siete estados en que opera la ha protegido contra los intentos de destruirla y desviarla de sus propósitos originales. Por lo tanto, el mayor triunfo de la campaña anti-TVA, ha sido su éxito rotundo al evitar que el principio del propósito múltiple que cumple sea aplicable a cualquiera otra de las numerosas cuencas de los ríos en Estados Unidos, donde podría mejorar tanto el bienestar del pueblo. La necesidad de más TVA es fácil de demostrar a cualquier persona que razone; durante los treinta y posteriormente, la expansión de los gastos gubernamentales en el desarrollo de las cuencas de los ríos con frecuencia habría tenido sentido como solución parcial del problema de absorción inadecuada de excedentes. Pero

/lo que

lo que Marx llamó las "Furias" del interés privado con todo su rigor, al despertarse fácilmente rechazarán cualquier intrusión en su sagrado dominio. ^{25/}

La construcción de viviendas, potencialmente un amplio campo de gastos para el bienestar, es otra actividad que invade el reinado de la empresa privada. Un programa realmente efectivo de viviendas de bajo costo exige grandes construcciones en espacios abiertos, que abundan en la mayoría de las ciudades en Estados Unidos. Pero esto va precisamente en contra de los poderosos intereses en bienes raíces urbanos. Todos los intentos de lanzarse a atacar los serios problemas de viviendas insuficientes e inadecuadas se han estrellado contra la montaña de esta oposición. En su lugar ha habido programas de "saneamiento de barrios bajos" o "renovación urbana", los cuales recompensan con liberalidad a los dueños de propiedades deterioradas y lanzan a la calle más gente de la que pueden alojar. ^{26/}

25/ A la luz de estos hechos, hay algo particularmente repulsivo acerca de la forma en que la oligarquía cita constantemente al TVA como prueba de la devoción de Estados Unidos a las metas progresistas en el desarrollo de los países. El secretario de Estado, Rusk, buscando persuadir a los gobiernos latinoamericanos de que se unieran para destruir los logros históricos de la revolución cubana, dijo en la reunión de ministros extranjeros, en Punta del Este en enero de 1962: "Fueron necesarios años de pensamiento y de trabajo y de discusión para preparar a América para los pasos necesarios de ayuda mutua y reforma social. Recuerdo bien la resistencia amarga antes de que Franklin D. Roosevelt pudiera ganar el apoyo para el Proyecto del Valle del Tennessee, esa inmensa red de presas y centrales de energía eléctrica y fábricas de fertilizantes y oficinas foráneas de agricultura que han forjado tales cambios milagrosos en nuestro sur. Pero una serie de dirigentes progresistas determinaron hacer un cambio social dentro del marco del consenso político, llevado a cabo a través de una alianza para el progreso, dentro de Estados Unidos". (New York Times, 26 de enero de 1962). Si el TVA ha forjado tales milagros, ¿por qué nunca ha logrado esta "sucesión de dirigentes progresistas" construir ni uno más de estos proyectos? (es interesante que el Secretario de Estado, en esta reunión de países de Norte, Centro y Suramérica, aparentemente no vio nada inapropiado al referirse a Estados Unidos simplemente como "América").

26/ Para un completo análisis de la "renovación urbana" véase, a continuación, las pp. 234-237.

/Además, el

Además, el "proyecto" semejante a un mausoleo que es la personificación normal de la vivienda pública no es la clase de ambiente en el cual podría echar raíces y crecer una comunidad con posibilidades de vivir. El "desalojamiento de los barrios pobres" da realmente origen a los barrios pobres, dentro y fuera del lugar; y la "renovación urbana" es un sistema de ayuda exterior para los propietarios en los decadentes "cinturones grises" que inexorablemente están saliéndose del centro de las grandes ciudades. Ha sido tan amarga la experiencia norteamericana en el campo de la vivienda pública desde que empezó a ser tema político durante los treinta, que actualmente no logra ni un ápice de apoyo popular. "En los treinta - escribe Daniel Seligman, editor de la revista Fortune - quienes abogaban por la vivienda pública estaban dominados por un fervor de misioneros. Creyeron que las nuevas viviendas, por sí solas, conjurarían los males del crimen y el vicio. Pero la vivienda pública no logró lo que sus panegiristas esperaban. Actualmente los partidarios de la vivienda pública andan en busca de algo nuevo y racional y su fervor ha desaparecido; el movimiento es hoy tan débil que la mayoría de los grupos de propietarios de bienes raíces ni se molestan en atacarlo". ^{27/} Una conspiración deliberada de sabotaje a la vivienda pública difícilmente habría tenido mayor éxito: los intereses privados ya no tienen que oponerse, el público lo hace por ellos.

El desarrollo de las cuencas de los ríos y el programa de viviendas públicas no son sino dos ejemplos de actividades gubernamentales que invaden el territorio de los intereses privados. En estos casos, en virtud de que los intereses privados esgrimen el poder político, los límites de los gastos gubernamentales están estrechamente establecidos y no tienen nada que ver con las necesidades sociales - no importa cuán vergonzosamente evidentes sean. Pero no solamente en este terreno de la competencia con la empresa comercial se imponen tales límites, igual sucede en campos como la educación y la salubridad, donde la competencia directa no existe o es de menor importancia. Aquí también la oposición de los intereses privados se alza

^{27/} William H. Whyte, Jr., y otros, The Exploding Metropolis, Nueva York, 1958, p. 93.

en contra del incremento de los gastos del gobierno, y aquí también las cantidades que en realidad se gastan prácticamente no tienen relación con las necesidades sociales demostrables.

La razón de esto es obvia. Decir que la mayor parte de las actividades gubernamentales no competitivas caen en el campo del gobierno estatal y local no es la explicación. No es probable que inicien incrementos importantes de los gastos a niveles estatales y locales, pero esto está fuera del tema a discusión. El gobierno federal puede desempeñar un papel más importante en estos asuntos, ya sea directamente o vía subvenciones a unidades estatales o locales, y realmente esto es lo que ha estado haciendo en años recientes aunque en muy modesta escala. El problema aquí es explicar por qué, cuando la salud de la economía reclamó urgentemente un constante aumento en el volumen de gastos federales, se dedicó una proporción tan pequeña de éstos a satisfacer las demandas de consumo público de la sociedad. ¿Por qué la oligarquía adinerada, por ejemplo, se opone tan consistente y eficazmente a las propuestas de un incremento en la ayuda federal a la educación presentadas al Congreso año tras año por los presidentes que son todo menos paladines radicales? La necesidad de más escuelas, más aulas, más maestros, salarios más altos para los maestros, más becas, más alto nivel educativo, es palpable para todo ciudadano que tenga los ojos abiertos; se ha probado una y otra vez en informes del gobierno, en tratados eruditos, en opúsculos populares. El fantasma de la supremacía de la Unión Soviética se ha presentado al país con frenética insistencia desde que se puso en órbita el primer Sputnik en 1957; la carrera entre ambos sistemas, se nos ha dicho, la ganará eventualmente el que tenga no el poder de las armas, sino la mayor fuerza cerebral. Y a pesar de todo esto, el presidente Kennedy inició una conferencia de prensa el 15 de enero de 1962, más de cuatro años después del Sputnik I, con estas cifras nefastas:

En 1951 se graduaron en nuestras universidades 19 600 estudiantes en ciencias físicas. En 1960, a pesar del incremento sustancial de nuestra población durante los últimos diez años, y además del hecho de que la demanda de gente capacitada en este campo ha aumentado enormemente gracias a nuestros esfuerzos en materia de defensa y en la lucha por el espacio, la investigación industrial y todo lo demás, en 1960 el número había disminuido de 19 600 a 17 100.

/En 1951

En 1951 había 22 500 estudiantes de ciencias biológicas, en 1960 había solamente 16 700.

En el campo de la ingeniería la inscripción subió de 232 000 en el período de 1951 a 1957 a 269 000. Desde 1957 ha habido un descenso continuo en la inscripción. El año pasado la cifra bajó a 240 000. 28/

¿Cómo son posibles tales cosas con el interés nacional en juego en el sentido más simple y crudo del término, tanto que debe comprenderlo fácilmente el miembro más insulso de la oligarquía? ¿Cómo es posible que con frecuencia sean rechazados hasta los modestos incrementos en la ayuda federal a la educación?

La respuesta es sencilla: el sistema educativo, tal como está constituido actualmente, es un elemento decisivo en la constelación de privilegios y prerrogativas de las cuales el principal beneficiario es la oligarquía adinerada. Esto es verdad en un sentido triple.

Primero, el sistema educativo proporciona a la oligarquía la calidad y cantidad de servicios educativos que sus miembros desean para sí mismos y para su prole. 29/ No faltan escuelas particulares ni universidades para los hijos e hijas de la gente acomodada. Ni faltan fondos a las escuelas públicas de las zonas residenciales como sucede con las que sirven a la clase media y trabajadora en las ciudades y en el campo. El sistema educativo, en otras palabras, no es un conjunto homogéneo. Consta de dos partes, una para la oligarquía y otra para el resto de la población. La parte que sirve a la oligarquía es ampliamente financiada. Es un privilegio y una insignia de posición social pasar por ella. Y el hecho mismo de que sirve sólo a una pequeña parte de la población es precisamente su característica más precisa y más celosamente guardada. Esta es la causa de que cualquier intento de generalizar sus beneficios esté destinado a ser combatido tenazmente por la oligarquía. Quizá ésta es también la razón fundamental de la fuerza de la oposición a la expansión de programas de ayuda federal a la educación.

28/ New York Times, 16 de enero de 1962.

29/ Esto no quiere decir que proporcione una buena educación. Sobre este y otros aspectos del carácter del sistema educativo de Estados Unidos véase más adelante, pp. 243-265.

Segundo - el otro lado de la misma moneda -, aquella parte del sistema educativo que está destinada a la gran mayoría de gente joven debe ser inferior y debe producir material humano apropiado al trabajo y la posición social humilde que la sociedad reserva para ellos. Esta meta no puede lograrse directamente. El igualitarismo de la ideología capitalista es una de sus fuerzas que no debe descartarse con ligereza. A la gente se la enseña, desde la niñez y por todos los medios concebibles, que todos tienen iguales oportunidades y que las desigualdades que saltan a la vista no son el resultado de instituciones injustas, sino de sus dotes naturales superiores. Sería contradictorio por tanto el establecimiento, a la manera europea, de sociedades divididas en clases, de sistemas educativos distintos, uno para la oligarquía y otro para las masas. El resultado que se desea debe conseguirse indirectamente mediante la provisión amplia para la parte del sistema educativo que sirve a la oligarquía, mientras se financia pobremente la parte que sirve a la baja clase media y a los trabajadores. Esto asegura la desigualdad de la enseñanza, vitalmente necesaria para apoyar la desigualdad general que es el corazón y el meollo de todo el sistema. No son necesarios arreglos especiales para conseguir esta fuerza que alimenta una parte del sistema educativo y que deja morir de hambre a la otra. Las escuelas y las universidades particulares en todo caso están bien dotadas para ello y el sistema establecido de control y financiamiento local para escuelas públicas automáticamente trae como resultado un trato sumamente desigual para las escuelas públicas de zonas residenciales, en contraste con las escuelas urbanas y rurales. Lo importante es impedir que este delicado equilibrio se rompa por una inversión federal masiva que emplee la enorme fuerza impositiva y de gasto del poder gubernamental para impulsar el ideal de los viejos reformadores, en el sentido de que todos tengan iguales y excelentes oportunidades para educarse. Aquí tenemos una segunda razón imperativa para que la oligarquía mantenga en un nivel mínimo los gastos del gobierno, en un terreno en que la razón nos dice que podría absorber provechosamente una gran proporción del producto excedente de la sociedad.

El tercer sentido en el que el sistema educativo apoya la estructura de clases prevaleciente es complementario de los otros dos. Toda sociedad de clases viable debe presentar un método por medio del cual pueden ser seleccionados los cerebros y talentos de las clases bajas, usados por, o integrados a las clases más altas. En la sociedad feudal occidental la Iglesia católica proporcionó el mecanismo necesario. El capitalismo competitivo hizo posible que los jóvenes capaces y agresivos de la clase baja ascendieran los peldaños puramente económicos hacia la oligarquía. El capitalismo monopolista ha obstruido con eficacia este canal de movilidad ascendente: ahora raramente es posible iniciar un pequeño negocio y hacer que se convierta en uno grande. Se ha encontrado un mecanismo sustitutivo en el campo de la educación. Mediante colegiaturas bajas en las universidades estatales, de becas, préstamos y medios semejantes, muchachos y muchachas realmente capaces y ambiciosos (deseosos de alcanzar el éxito tal como la sociedad lo define) pueden ascender desde el nivel inferior del sistema educativo. Son aceptados en mejores escuelas preparatorias, colegios y universidades, se les da el mismo entrenamiento y preparación que a los jóvenes de las clases más altas. De ahí el camino conduce, a través del aparato empresarial o profesional, a la integración en la alta clase media y en ocasiones al más alto estrato de la sociedad. El observador superficial que ha oído los estribillos acerca de la igualdad de oportunidades puede ver aquí la evidencia de que el sistema educativo trabaja para mirar la estructura de clases. Nada más alejado de la verdad. El ideal de igualdad de oportunidades para todos podría realizarse sólo mediante la abolición de privilegios de las clases altas y no poniendo estos privilegios a disposición de grupos selectos de las clases bajas. Esto sencillamente fortalece la estructura de clase inyectando sangre nueva a las clases altas y despojando a las clases bajas de sus dirigentes naturales. ^{30/}

Y éstos son los objetivos a los que en realidad generalmente sirven las reformas educativas de moda, incluyendo incrementos modestos en la ayuda

^{30/} "Cuanto más capaz es la clase dirigente para asimilar a los hombres más prominentes de la clase dominada - escribió Marx - más fuerte y peligrosa es su dominación." El capital, volumen 3, capítulo 36.

federal que la oligarquía está dispuesta a admitir. Cualquier intento serio de resolver las necesidades educativas reales de una sociedad moderna, tecnológica y científicamente avanzada, necesitaría un enfoque totalmente diferente - incluso el compromiso de emplear los recursos en una escala que ningún propósito de la oligarquía dominante soñaría, para conservar sus propios privilegios. ^{31/} Se podría recorrer toda la gama de los objetivos que persiguen los gastos civiles y mostrar cómo en un caso tras otro los intereses privados de la oligarquía están en absoluta oposición a la satisfacción de las necesidades sociales. La competencia real con la empresa privada no puede tolerarse, no importa cuán incompetente e inadecuada sea su actuación; debe evitarse a toda costa que se minen los privilegios de clase o la estabilidad de la estructura de clase. Y casi todos los tipos de gastos civiles implican una o ambas amenazas. Hay sólo una excepción importante a esta generalización en Estados Unidos actualmente, y es la excepción que confirma la regla: los gastos del gobierno en carreteras.

No hay necesidad de entrar en detalles respecto a la importancia del automóvil en la economía norteamericana. ^{32/} Sólo necesitamos decir que el principal negocio de las corporaciones más grandes y lucrativas es la producción de vehículos de motor; la industria del petróleo, con una diez empresas cuyos activos superan los mil millones de dólares, obtiene la mayor parte de sus utilidades de la venta de gasolina para uso de vehículos motorizados, algunas otras industrias monopolistas grandes (hule, acero, vidrio) dependen fundamentalmente de las ventas a fabricantes o usuarios de automóviles; más de 250 000 personas trabajan en la reparación y servicio de automóviles; y otros innumerables negocios y trabajos (negocios de camiones, moteles, lugares de recreo, etc.) deben su existencia, directa o indirectamente, a los vehículos de motor. Este complejo de intereses privados, amontonados alrededor de un producto, no tiene igual en ningún otro sector de la economía o del mundo. Y todo el complejo, por supuesto,

^{31/} Para la discusión de los resultados reales, logrados por el actual sistema educacional de clases véanse más adelante, las pp. 253-265.

^{32/} El tema se trata con mayor extensión en el capítulo 8.

depende enteramente del suministro público de caminos y carreteras. De aquí que sea normal la tremenda presión ejercida para una continua expansión de los gastos del gobierno en carreteras. Existen presiones contrarias de intereses privados - de los ferrocarriles, duramente afectados por el desarrollo del transporte por carretera, pero éstos no han sido competidores del complejo automovilístico. Los gastos del gobierno en carreteras se han encumbrado; las limitaciones planteadas por las finanzas estatales y locales han sido superadas por liberales subvenciones federales cada vez mayores. Y actualmente las carreteras ocupan un segundo lugar como objeto de los gastos gubernamentales civiles. ^{33/}

Este hecho en sí mismo no prueba que los gastos en carreteras vayan más allá de una concepción racional de las necesidades sociales. Lo que prueban - dramática y abrumadoramente - es el terrible estrago que ha causado a la sociedad norteamericana el crecimiento canceroso del complejo automovilístico, desarrollo que no hubiera sido posible si los gastos requeridos para carreteras se hubieran limitado y reducido como lo ha hecho la oligarquía cuando se trata de otros gastos para propósitos civiles. Las ciudades se han transformado en pesadillas de congestionamientos: su atmósfera está contaminada de gases nocivos; grandes áreas de buena tierra urbana y rural se convierten en franjas de concreto y campos de asfalto; comunidades y vecindarios pacíficos son perturbados por el ruido y hediondez de autos y camiones que pasan velozmente; los ferrocarriles que pueden transportar bienes y pasajeros eficaz y oportunamente pierden tráfico y por lo tanto elevan las tarifas, es un círculo vicioso que amenaza la existencia del servicio de viajeros asiduos a nuestras grandes ciudades; al mismo tiempo, los sistemas urbanos de tránsito rápido están muertos de hambre y estrangulados, de manera que llegar a las zonas del centro de Nueva York, Chicago y otras muchas metrópolis se vuelve un tormento al cual se somete sólo el necesitado o el temerario. ¿Y cuál es el remedio para este terrible y

^{33/} En 1957 el total de compras de bienes y servicios del gobierno para propósitos civiles llegó a 40.000 millones de dólares. De éstos, 13 600 millones, o sea el 33.7 por ciento, se gastaron en educación, y 7 200 millones, o sea el 17.8 por ciento, en carreteras; los dos renglones juntos constituyeron más de la mitad de los gastos civiles del gobierno. Véase F. M. Bator. The Question of Government Spending, pp. 26-29.

aterrorizante estado de cosas? Más carreteras, más calles, más talleres de reparación, más espacio para estacionamiento - más veneno del que ya está amenazando la vida misma de una civilización cada vez más urbanizada. Y todo esto es posible gracias a las pródigas donaciones de fondos públicos que busca y aprueba con avidez una oligarquía que pelea con dientes y uñas contra cualquier ampliación de servicios públicos que beneficiarían a la gran masa de sus conciudadanos. En ninguna otra parte se manifiesta más la locura del capitalismo monopolista norteamericano, ni es más desesperadamente incurable, que aquí.

6. El New Deal se ingenió para elevar los gastos gubernamentales más de un 70 por ciento, pero esto no fue de ninguna manera suficiente para llevar a la economía a un nivel al que se emplearan plenamente los recursos materiales y humanos. La resistencia de la oligarquía a una mayor expansión de los gastos civiles se fortaleció y mantuvo hasta lograr que la desocupación de la fuerza de trabajo fuera superior a un 15 por ciento. Ya en 1939 empezaba a verse claro que la reforma liberal había fracasado tristemente al tratar de rescatar el capitalismo monopolista norteamericano de sus tendencias de autodestrucción. Al aproximarse el final del segundo período de Roosevelt un profundo sentido de frustración se extendía por el país.

Luego vino la guerra y con ella la salvación. Los gastos del gobierno se elevaron y la desocupación desapareció. Al final de la guerra, naturalmente, los gastos en armamentos se redujeron en forma drástica, pero debido a las demandas insatisfechas de la población civil formadas durante la guerra (escasez de mercancías y gran acumulación de ahorros líquidos) el abatimiento asociado a estas reducciones fue relativamente breve y moderado y pronto dio paso a un auge inflacionario de recuperación. Y el auge todavía iba en aumento cuando empezó en serio la guerra fría. Los gastos militares llegaron a su punto bajo de posguerra en 1947; empezaron a subir en 1948, recibieron un tremendo impulso con la guerra de Corea (1950-1953), declinaron en forma moderada durante los dos años siguientes y luego en 1956 empezó el ascenso lento que continuó con una pequeña interrupción en 1960 y los años siguientes. Como porcentaje del PNB las variaciones de

/los gastos

Los gastos militares han seguido un patrón similar, excepto un pequeño cambio de 1955 a 1961. ^{34/}

En el capítulo 8 tenemos más que decir acerca del comportamiento de la economía en el período de la posguerra. Aquí sólo necesitamos hacer notar que la diferencia entre el profundo estancamiento de los treinta y la relativa prosperidad de los cincuenta se debe en absoluto a los enormes gastos militares de los cincuenta. En 1939, por ejemplo, el 17.2 % de la fuerza laboral estaba desocupada y aproximadamente el 9.4 estaba empleada en producir bienes y servicios para fines militares. ^{35/} En otras palabras, un buen 18% de la fuerza de trabajo estaba desocupado o bien dependía de trabajos relacionados con gastos militares. En 1961 (como en 1939, año de recuperación del receso cíclico) las cifras comparativas fueron 6.7 por ciento de desocupados y 9.4 por ciento dependiendo de gastos militares, un total casi de 16%. Sería posible elaborar y afinar estos cálculos, pero no hay razón para creer que ello afectaría la conclusión general: el porcentaje de la fuerza de trabajo, ya sea desocupado o empleado en gastos militares, fue casi el mismo en 1961 que en 1939. De donde se

^{34/} Estos son los porcentajes del PNB, de 1946 a 1961:

1946-8.9	1950- 5.0	1954-11.0	1958-10.1
1947-4.9	1951-10.3	1955- 9.8	1959- 9.6
1948-4.5	1952-13.4	1956- 9.9	1960- 9.0
1949-5.2	1953-11.0	1957-10.0	1961- 9.4

Fuente: Economic Report of the President, enero de 1962, p. 207.
Las cifras son ligeramente diferentes de las que se citaron antes, de Bator, para 1957 y años anteriores (pp. 123 y 129).

^{35/} Esta fue la proporción entre las compras para la "defensa nacional" de bienes y servicios y el total del PNB.

/deduce que

deduce que si el presupuesto militar se redujera a las proporciones de 1939, el desempleo también volvería a tener las proporciones de 1939. ^{36/}

¿Por qué la oligarquía, que jala la rienda cuando se trata de gastos civiles, se ha vuelto tan magnánima con los gastos militares en las dos últimas décadas?

36/ Obviamente no es ésta la conclusión de la lógica liberal prevaleciente hoy en día. Un grupo de liberales, habiendo olvidado aparentemente a Keynes y no habiendo comprendido nunca la relación entre el monopolio y el funcionamiento de la economía, aseguran que si hubiera habido menos gastos militares habría habido más inversión privada y consumo. No explican por qué esto no sucedió de esa manera en los treinta, cuando hubo de hecho menos gastos militares. Tampoco explican por qué el desempleo ha crecido durante los cincuenta y sesenta, cuando el gasto militar como proporción del PNB ha permanecido generalmente estable. Mientras no puedan dar una explicación racional a este fenómeno - que creemos solamente podrá hacerse siguiendo los lineamientos de este libro - sus declaraciones sobre los efectos probables de las reducciones en los gastos militares no tienen derecho a ser tomadas seriamente. Otro grupo de liberales, quienes por lo menos no han olvidado por completo la gran depresión postulan con gran fluidez una sustitución de los gastos militares por gastos para el bienestar. Pero olvidan revelar su fórmula mágica para convertir la oligarquía a su manera de pensar. Debemos decir de tales liberales lo que Marx dijo de los reformadores burgueses de su tiempo: "Todos quieren lo imposible, por ejemplo, las condiciones de vida burguesa, sin las consecuencias de dichas condiciones". Karl Marx y Friedrich Engels, Selected Correspondence, Nueva York, 1935, p. 15.

